

## CASA DE AUSTRIA.

D. Felipe I, que así se comenzó á llamar al archiduque, no se hizo conocer en España mas que para hacerse aborrecer: el influjo que sobre él tenían sus cortesanos flamencos, el desprecio con que veia á los españoles, y la dureza con que trataba á la reina, á quien tenia como en prision, causaron tal descontento, que se comenzaban á suscitar alborotos en los pueblos que lloraban la ausencia del rey D. Fernando, y entre los grandes se habia formado ya una liga para poner en libertad á la reina, cuando la muerte de D. Felipe, acaecida en Búrgos el 25 de Septiembre del mismo año, á los veintiocho años de su edad, por una fiebre violenta que le atacó á consecuencia de haberse puesto á jugar á la pelota despues de haber comido con exceso, vino á impedir la explosion, pero al mismo tiempo dejó á Castilla en la mas completa anarquía. Formóse un Consejo de regencia de seis señores, presididos por el arzobispo de Toledo; pero habiendo este presentado á la reina para que las firmase las cartas de convocacion para reunir las cortes, esta rehusó hacerlo, diciendo que se dejase para cuando volviese el rey su padre, que proveeria á todo. Dividiéronse los grandes en dos partidos; el uno, á cuya cabeza estaba el arzobispo de Toledo, pretendia que se llamase á D. Fernando, para que

volviese á gobernar hasta la mayoría del príncipe D. Carlos, conforme á lo dispuesto por la reina D<sup>a</sup> Isabel; el otro, de que era jefe el duque de Nájera, queria que se nombrase al emperador Maximiliano, para que tomase en sus manos las riendas del gobierno. Las cortes se juntaron y declararon regente á D. Fernando. Entre tanto, la reina hacia patente á toda la nacion su demencia, paseando por diversas ciudades el cadáver de su marido, á pretexto de llevarlo al sepulcro de la reina D<sup>a</sup> Isabel á Granada, esperando que resucitase, como se lo habia anunciado un religioso franciscano, y tan enamorada y zelosa de él despues de muerto como en vida, no dejaba que se le acercase muger alguna. Tenia sin embargo algunos intervalos de buen juicio, por lo que los grandes que resistian la vuelta de D. Fernando, trataron de casarla con el rey de Inglaterra Enrique VII, ó con el duque de Calabria, formando sobre esto mil proyectos, lo que ella rehusó con indignacion.

D. Fernando, aunque supo en Génova la muerte de su yerno, siguió su viage á Nápoles, sea porque así lo exijian los negocios de aquel reino, que estando recién conquistado necesitaba la presencia del monarca, ó porque el conocimiento profundo que tenia de los hombres y de los principios del arte de gobernarlos, le persuadió que era menester dejar trascurrir algun tiempo, para que se cambiasen los ánimos de los que le eran contrarios, y para que los desórdenes



de la anarquía hiciesen desear una mano enérgica, capaz de conservar la paz y el buen orden. A su regreso á Castilla premió la fidelidad del arzobispo de Toledo Cisneros, pidiendo para él al papa el capelo de cardenal y nombrándole inquisidor general. Los grandes del partido contrario no dejaban de tramar nuevas inquietudes por medio del emperador Maximiliano, que deseoso de tomar parte en las cosas de España, pidió al rey de Navarra le permitiese el paso con un ejército, á que aquel accedió, y propuso al rey de Inglaterra se casase con la reina D.<sup>a</sup> Juana, para quitar la regencia al rey D. Fernando, el cual aprovechó para levantar tropas, las voces que corrian de que en Inglaterra se armaba un grande ejército, para desembarcar con él en las costas de España. Hubo tambien sediciones en algunas ciudades, siendo Córdoba la primera, con el motivo que ántes hemos visto, y habiendo enviado D. Fernando un comisionado para formar el proceso y castigar á los culpables, lo hizo prender el conde de Priego y lo detuvo en el castillo de Montilla. D. Fernando, irritado por esta audacia, y aprovechando esta ocasion de humillar á los grandes, se puso en marcha al frente de un ejército, y aunque el conde se sometió implorando rendidamente la clemencia del rey, y fuese sobrino del Gran Capitan, D. Fernando lo desterró de toda Andalucía, hizo seguir la causa y castigar á los culpados, y arrasar hasta sus cimientos el castillo de Montilla, cuna

del Gran Capitan, por haber estado preso en él el comisario real.

Con este y otros ejemplares que llenaron de terror á los descontentos, afirmó su autoridad y considerando esta consolidada, se dirigió á otras empresas, de las cuales la principal fué la conquista de Navarra. Reinaba en esta Juan de Albret, casado con la heredera de esta corona, nieta de D.<sup>a</sup> Leonor, hermana de D. Fernando: este, que se hallaba en guerra con la Francia, pidió paso para sus tropas y que se le entregasen por seguridad tres de las principales fortalezas, y habiéndosele rehusado, hizo que el duque de Alba ocupase todo aquel reino, que quedó desde entónces unido al de Castilla. Por el mismo tiempo, el arzobispo de Toledo levantó á sus expensas un ejército, bajo el mando del célebre conde Pedro Navarro, y conquistó á Oran, en la costa de Africa, cuya plaza, con las demas, tomadas á los moros en la misma costa, sirvieron para contener las irrupciones de estos é impedir sus piraterías.

D. Fernando, al cabo de una regencia tan gloriosa, en que las armas españolas adquirieron tanto lustre en las diversas guerras que sostuvo en Italia, murió en Madrigalejo, el 22 de Enero de 1516, habiendo declarado heredera de todos sus estados, á su hija la reina D.<sup>a</sup> Juana, y despues de su muerte al príncipe D. Carlos su nieto. Nombró al cardenal Cisneros regente de Castilla, y al arzobispo de Zaragoza hijo natural del



mismo rev. regente de Aragon y de los estados dependientes de aquella corona. Su cadáver fué llevado á Granada, y enterrado junto al de la reina D<sup>a</sup> Isabel.

Dos hijos quedaron del matrimonio de D. Felipe, archiduque de Austria, con D<sup>a</sup> Juana: D. Cárlos, heredero de Castilla y Aragon, con todas sus dependencias y de los estados de su padre en Alemania y Flándes, y D. Fernando, y cuatro hijas, D<sup>a</sup> Leonor, D<sup>a</sup> Isabel, D<sup>a</sup> María y la póstuma D<sup>a</sup> Catarina, que todas fueron reinas. El primero de estos príncipes se hallaba en Flándes y habia sido declarado mayor de edad: el segundo residia en España, y por haber nacido en ella, era mas querido de los españoles que su hermano primogénito, nacido en Flándes y á quien no conocian, por lo que hubo algun intento de hacerle subir al trono en lugar de aquel. Con la muerte del rey D. Fernando, volvieron á asomar todas las inquietudes que habia habido, para impedir que aquel príncipe gobernase cuando acaeció el fallecimiento de D<sup>a</sup> Isabel: los grandes llevaban á mal el nombramiento que el rey difunto habia hecho del cardenal Cisneros para regente, y favorecian las pretensiones del dean de Lobaina, Adriano de Utrech, enviado por el príncipe D. Cárlos, de quien tenia comision para gobernar el reino; mas despues de algunas contestaciones se pusieron de acuerdo para gobernar juntos, dando aviso á D. Cárlos del estado en que las cosas se hallaban, que hacia necesaria su presencia para